

A cinco años de la caída de Mario Santucho en Argentina

por Nicolás DOLJANIN

Ayer, 19 de julio, se cumplieron 5 años de la incorporación del revolucionario argentino Mario Roberto Santucho a la memoria libertaria de su pueblo: cayó combatiendo en una localidad del gran Buenos Aires a la dictadura instaurada 4 meses antes con la exasperada consigna de **se acabó la joda**: única alternativa en manos de las Fuerzas Armadas de Argentina, dirigidas por los generales Roberto Viola y Rafael Videla, para la más formidable crisis de dominación abierta en aquel país en lo que va del siglo.

Ya funcionaban los campos de concentración clandestinos en los cuarteles y reparticiones gubernamentales, las gentes y los militantes populares "desaparecidos" y torturados en la Escuela de mecánica de la Armada recibían ya la visita del almirante Emilio Massera, escondido de subordinados y suplicados bajo el apodo de El Negro; el mutismo cómplice de las jerarquías católicas, cuando no la bendición abierta de la cruzada oligárquica, reinaban como responso absoluto de las botas; entre los partidos políticos legales salvo honrosas y contadas excepciones individuales, se extendió una especie de hechizo sumiso por las espaldas que sobrevenían a cubrir su pérdida de representatividad y su **desarticulación** de las fuerzas sociales históricas que les dieron origen y, sin embargo, durante los días posteriores a la caída del insurgente nacido el 12 de agosto de 1936 en la norteña provincia de Santiago del Estero, las paredes de la ciudad, los muros de las fábricas suburbanas, aparecieron cubiertas con su nombre y un altivo llamado a renunciar a todo, menos a la victoria. Heroísmo sobre heroísmo fue la respuesta popular al golpe militar.

Para esta crisis política estructural de vieja data, iniciada cuando el derrocamiento del gobierno democrático-popular del general Juan Domingo Perón y deflagrada con la ruptura final del movimiento policlasista del 17 de octubre de 1945 luego de la masacre de Ezeiza del mes de junio de 1973— el periplo vital del fundador del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) de Argentina, significó un corte histórico con las políticas renegadas, o en el más inocuo de los casos, egiptológicas, de la izquierda autoconceptuada como marxista de su país.

Corte mediante el que se introdujo la construcción intransigente del poder popular en la vida política de los trabajadores argentinos, y que tuvo también su correlato en la elaboración

teórica que realizaron, por su parte, valiosos intelectuales revolucionarios del peronismo como John W. Cooke y Rodolfo Puiggrós.

Así, de las izquierdas que Santucho estigmatizó con sus combates, ya nadie dice hoy en el país conostureño solamente que "están alejadas del campo popular". Luego del paso de Santucho por la historia de la clase revolucionaria, la antigua bajeza de aquellas en apostar al legalismo a toda costa o al "entrismo", quedó convertida en legalidad y oportunismo, cuidando a Viola y Videla de un hipotético Pinochet, en un periodo donde el pueblo se niega a olvidar, contra viento y marea, a sus miles de muertos, presos y alrededor de 30 mil desaparecidos a manos de los militares, un pueblo, además, devenido **legal**, con el desmantelamiento de sus organismos reivindicativos y la prohibición de sus partidos políticos propios.

EL ULTIMO COMBATE Y LO QUE VENDRA

Una de las últimas tareas encaradas por Santucho antes de su caída, fue la de implementar los acuerdos para la constitución de la Organización para la Liberación de Argentina, instancia pensada como unidad superior de todas las fuerzas revolucionarias de su país, más allá de su extracción, proviniesen éstas tanto del peronismo como de la izquierda; tareas que demoraron su salida del país y condujeron indirectamente a su muerte.

Acaso sea esta síntesis necesaria su legado más alto para el pueblo argentino.

Para los trabajadores tu-

cumanos y cordobeses, entre los que desarrolló buena parte de su militancia.

Para los obreros del sindicato SMATA bonaerense que en días pasados sobrepasaron lo que había sido programado como un simple paro, poniendo en las calles 3 columnas de más de 4 mil trabajadores, detenidos casi en su totalidad (otro récord del terrorismo de Estado) al querer ocupar la Plaza de Mayo, el verdadero sitio donde la llamada, no sin aprehensión, **Argentina Desconocida**, viene entretejiendo su diálogo democrático-revolucionario y su futuro perfil, desde el 24 de marzo de 1976.

En sus horizontes, el heroico recuerdo del comandante insurgente.